

cente Luis XVI, que á fines del siglo XVIII estemos mas atrás que en tiempo de César. El tirano fue inmolado en pleno senado, sin mas formalidad que veinte y dos puñaladas recibidas, y sin otra ley que la libertad de Roma... Es imposible reinar inocentemente. Todo monarca es usurpador y rebelde. Las leyes de Numa no ofrecían fundamento alguno para juzgar á Tarquino; se le juzgó segun el derecho de gentes. Guardaos de juzgar al rey, pues todo ciudadano tiene sobre de él el derecho que Bruto ejerció sobre César.»

Así las nociones del derecho y de la justicia retrocedieron centenares de siglos; la Asamblea francesa se colocó en los tiempos de la decadencia pagana. El busto del regicida Bruto se ostentaba en la testera de la sala de la Convencion el dia de la inicua sentencia.

«Los tigres que estaban al frente del Gobierno, dice el Dr. Belouino, embriagados de sangre y mortandad, sentían aumentarse la sed de víctimas. Todo lo que era noble, grande, santo, sábio, todo lo que era notable en la sociedad, caía bajo el nivel revolucionario. Nobles, ricos, sacerdotes, generales, diputados, pagaron tributo á la muerte violenta; hasta que, por fin, cuando aquellos, cuyo entronizamiento la Francia tuvo la debilidad de permitir, hubieron asesinado á cuantos les rodeaban, empezaron á asesinarse á sí mismos. Los girondinos fueron guillotínados en masa el dia 31 de octubre de 1793. A pesar de ser reputados como á los hombres mas sensatos de la Asamblea, los nuevos elegidos para la guillotina, en víspera de pasar á la eternidad, juzgaron oportuno ofrecer un espectáculo de impiedad. Ellos, en vez de prepararse para la muerte con la meditacion y la plegaria, se reunieron en impúdica orgía. En un banquete espléndido inventaron una especie de curso de ateísmo dictado por el espíritu filosófico de la época. El público, ebrio como ellos, aplaudía aquellas blasfemias, cuya elocuencia aumentaba la cercanía del cadalso. Un mes mas tarde les seguían en el suplicio Bailly, antiguo prefecto de París, luego Hebert, Cloots, el famoso diputado del género humano, Proly, Danton. Todo venía mas ó menos tarde á prestar mortal homenaje al comité de *Salud pública* investido de la dictadura; no sin propiedad fue llamado aquel Gobierno el imperio del *Terror*.»

El *terror* en Francia, la *zozobra* en Europa; hé aquí lo que realmente dominaba en los albores de la niñez del grande hombre que debía combatir desde su edad madura hasta su ancianidad tempestades de diferentes regiones procedentes, pero todas íntimamente relacionadas con la que azotó su noble cuna.

La sociedad cristiana habia fijado su esperanza en la virtud y saber del gran Pontífice que gobernaba la Iglesia de Dios, cuya actitud prudente y fuerte, así admiraba á los diplomáticos, como encendía en los pueblos la llama del entusiasmo.

Su palabra autorizada avivaba las fuerzas extinguidas de la humanidad creyente, alentando á los que sentían desfallecer la esperanza en el triunfo de la santa causa.

La Francia revolucionaria se indignaba cada vez que venía de Roma una ráfaga de celestial luz para esclarecer los espíritus. De ahí que cuando se vió desembarazada del Rey, no pensó sino en acabar con la inmensa autoridad que el Papa continuaba ejerciendo en las conciencias francesas.

Aumentaba la atmósfera de aversion contra el augusto anciano que, de pie en los atrios mismos de la eternidad, desafiaba con heróico valor las olas entumecidas de las injusticias congregadas.

Y cuando la voz paternal de Pio VI se dejó oír casi sola sobre la guillotina del Rey; cuando vieron los demagogos franceses que la única lágrima que se derramó sobre las cenizas de la ilustre víctima fue llorada por el augusto soberano que en el Vaticano residía, exclamaron á coro: «*Sonó ya la hora de acabar con él.*»

El Pontificado habia perdido ya la soberanía de Aviñon y del Condado, y la indiferencia de la Europa, ó mejor, de la diplomacia europea ante aquellos atentados internacionales, le advertían que al llegar la ocasion el trono de Roma seria impunemente combatido.

Las cancillerías de Europa, sorprendidas por la gravedad de acontecimientos que pensaban evitar por medio de teóricas notas, no cuidaban sino de salvar el individualismo nacional, pues es indudable que tambien las naciones tienen su egoísmo. Ante la revolucion triunfante, los grandes políticos creyeron que no podían hacer nada mas útil y provechoso que la capitulacion moral.

¡Grave error que inutilizó el poder de la soberanía, y que, descubriendo toda la debilidad de la política anticristiana, preparó aquellas invasiones insolentes que inundaron de sangre la Europa entera!

La tendencia de la revolucion es el cosmopolitismo, y quizá en esta sola cualidad consiste su fuerza.

Los acontecimientos sociales iban siguiendo la fatal pendiente á que los habia arrojado la revolucion de Francia. Los hombres que habian arruinado el altar de Dios, fortalecidos por el auxilio del genio y del poder que la Providencia les habia permitido disfrutar, llegaron á imponerse á una parte considerable de los pueblos. España y Nápoles celebraron tratados de secreta alianza con el Directorio, que aceptando la herencia de la Convencion y la responsabilidad de sus excesos, no ofrecía ni podía ofrecer garantía alguna de moralidad política. El Austria, temerosa de perder dominio si estallara en el terreno práctico la revolucion doctrinal operada en su seno, trataba con mendicante benevolencia á los representantes de la república, y buscaba la solidez de su trono en los que tenían levantadas sus sillas sobre los escombros de un trono no menos ilustre que el suyo.

En aquella situacion Roma fue el blanco de las insidias de la Francia. Algunos agentes, emisarios de la revolucion, empezaron sus trabajos de zapa oculta y de propaganda descocada. Los que se hallaban al frente de aquel indigno apostolado eran el escultor Radel y el arquitecto Chinard, sobre los que puso mano la policía romana como culpables de perturbar el orden público. Accediendo á las reclamaciones del cónsul de Nápoles, los dos presos, que eran á su vez napolitanos, obtuvieron libertad.

Pero la noticia de haber sido presos dos sujetos en Roma excitó los sentimientos «humanitarios» de los gobernantes franceses, que tenían henchidas de presos las cárceles y los buques del Estado, y que habian ya mancillado la historia francesa con la sangre de millares de víctimas.

El Ministro de Negocios extranjeros de Francia escribía una carta insolente á Pio VI, exigiendo en términos inconvenientes la libertad de sujetos que ya estaban libres, mientras que en París se permitía echar en una hoguera pública la efigie del Padre Santo, y en Marsella era colgado de una linterna el escudo pontificio.

Este soplo de impiedad reanimaba la llama de las pasiones romanas; los

perturbadores se reunían en clubs donde reinaba la licencia mas provocadora y la mas indigna sátira contra todo lo mas grande y sagrado.

El pueblo de Roma no podía sufrir aquellos insultos de parte de extranjeros que gozaban tranquilamente los derechos de la hospitalidad.

La indignacion pública estalló; los insultadores fueron acometidos, y heridos Flotte y Basseville, que dirigian los ataques contra el orden en Roma establecido.

Francia obtuvo ya el pretexto que deseaba.

Se exigieron al Papa satisfacciones que en conciencia no pudo dar, pues entre ellas se le proponía «desaprobar, revocar y anular todas las bulas, breves, *monitums*, rescriptos y decretos apostólicos emanados de la Santa Silla, «referentes á la Francia desde 1789,» y que al mismo tiempo «condenase todo lo que los obispos católicos habian hecho y dicho respecto á la política religiosa de la revolucion.»

La contestacion del Papa fue la que puede suponerse. Ciertas proposiciones dejan de ser embarazosas, cuando llegan á determinado grado de indignidad y de estupidez.

Pio VI pudo ya prever la marcha que seguirian los acontecimientos, desde que en París se señalaba para la armonía una base imposible.

El Papa imploró la intervencion de Carlos IV de España, pero aquel desventurado Monarca tenia ya un pacto de union con la Francia; volvió los ojos á Nápoles, pero Nápoles se hallaba ya aliada con la injusticia.

El día 28 de octubre de 1796 Bonaparte hacia saber al Papa que «gracias á los sentimientos de moderacion del Directorio, él estaba autorizado á terminar las pendencias con Roma ó por las armas ó por un nuevo convenio; que en el nuevo convenio no se insistiría en la cuestion de la reprobacion de los actos anteriores de la Santa Sede; que él no abrigaba deseos de destruir, sino de conservar el Pontificado.»

El Papa consultó al sagrado Colegio; los cardenales no pudieron creer en la sinceridad de unas palabras que venian denegadas por los hechos.

Los soldados de la república invadieron los Estados pontificios. En Ancona fue derrotado el ejército romano, y Bonaparte victorioso escribió al cardenal Mattei: «Cualesquiera que sean los acontecimientos, podeis asegurar á Su Santidad que podrá permanecer tranquilo en Roma. El Papa, primer ministro de la Religion, puede prometerse la proteccion de su persona y de su Iglesia. Asegurad tambien á los romanos que el ejército francés es su amigo, y que no gozará por su victoria sino en cuanto esta podrá servir para mejorar la situacion del pueblo y librar á la Italia del yugo extranjero. Yo velaré sobre todo para que se evite todo cambio en la religion de nuestros padres.»

Á pesar de tamañas promesas, los cardenales aconsejaron á Su Santidad que saliera de Roma, y se dirigiera al reino de Nápoles. La partida se acordó para el 17 de febrero de 1797. Todas las disposiciones estaban tomadas en el orden religioso, político y civil, cuando en la víspera por la noche se presentó á Su Santidad el Ilmo. P. Fume, superior general de los Camaldulenses, con el encargo de decir á Pio VI, de parte del general Bonaparte, que «*Bonaparte no era Atila, y que, aunque lo fuera, Pio VI debía recordar que era el sucesor de san Leon.*»

Este arranque, del género del que el genio de Napoleon era fecundo, detuvo al Pontífice, el que á propuesta del mismo P. Fume envió cuatro plenipo-

tenciarios á Tolentino, en donde se firmó la paz entre la Francia y los Estados romanos. El Papa perdía por aquel tratado tres legaciones ó provincias de su reino.

Pio VI rendido por los disgustos enfermó gravemente; todo anunciaba su próximo fallecimiento, previendo y alegrándose del cual Bonaparte, escribió á José, su hermano, que estaba de embajador cerca de la Santa Sede, «dos cosas debeis procurar á la muerte del Papa: primera, impedir la entrada del Rey de Nápoles en Roma; segunda, secundar la idea de los que creen que el reinado de los Papas ha concluido.»

En aquellos días el Austria firmó su tratado de alianza con la república francesa.

Las tropas de Ancona declararon independiente aquel territorio y lo constituyeron en república, empezándose inmediatamente los trabajos que debian apresurar la proclamacion de la república romana.

La agitacion de la santa ciudad iba creciendo; los tumultos se sucedian, porque el pueblo, adherido de corazon al paternal Gobierno del Pontífice, se resistia á doblegarse bajo la espada de unos hombres cuya autoridad tenia su génesis en la guillotina.

El general francés Duphot, emisario de la república, fue muerto en el momento en que pretendia sobornar un cuerpo de guardia pontificia, y para vengarle, segun se alegó, Bonaparte dió orden de ocupar á Roma. Las tropas francesas invadieron aquella capital en febrero de 1798, á las órdenes del general Alejandro Berthier.

El general Cervoni se presentó á Su Santidad para notificarle la conclusion de su soberanía temporal. Cervoni empezó su discurso tal cual se lo habia dictado la diplomacia francesa; pero el Papa lleno de dignidad le dijo: «Prescindid de todo exordio, y decidme á qué venís:» El emisario empezó á declarar al Papa que su autoridad espiritual se conservaria en su integridad y plenitud; iba á entrar en detalles cuando volviéndole á interrumpir el Pontífice le dijo: «Tened entendido que esta autoridad me viene de Dios, y que «seria inútil que ningun poder de la tierra pretendiera arrebatármela... proseguid.» El emisario no supo qué decir.

Berthier quedó, pues, de hecho soberano temporal de Roma, y Pio VI fue tambien de hecho el cautivo del Vaticano.

Los que estas páginas lean se sorprenderán sin duda al ver la desgarradora analogía que existe entre el cuadro que ofreció Roma en aquellos días y el que presenta Roma en los nuestros, entre la situacion de Pio VI y la de Pio IX.

Algo de providencial descubrimos en tamaña semejanza; Dios ostenta en este hecho la plenitud de su misericordia, y al través de las amarguras inmensas que la contemplacion de ambas situaciones derrama en los cristianos pechos, brilla la mas consoladora esperanza.

El alma de Pio VI, que herloseaba las generaciones de últimos del siglo pasado, iba á volver á las manos de Dios que la habian hecho grande, cuando Dios hizo otra alma tan grande como la de Pio VI, y la envió al mundo para que las nuevas generaciones no se hallaran privadas de tan invaluable tesoro; por esto podemos decir que las dos almas casi se encontraron en el camino del cielo, la una subiendo, la otra bajando del seno de Dios; la que subia, llevando un capital de méritos, contraídos en el desempeño de su difícilísima mision; la que bajaba, trayendo la inmensidad de un destino salvador.

¡Oh divina esperanza, cómo llenas el corazón católico al contemplar tan cercanos el sepulcro de Pio VI y la cuna de Pio IX! La cercanía de ambos monumentos históricos nos dice con sin par elocuencia que Dios vela para que las desgracias de la cristiandad tengan un soportable límite.

Apenas el egregio niño, hoy Pontífice que empuña las llaves de la Iglesia universal, había salido de su cuna, cuando el mundo aterrado hubo de contemplar el cautiverio del Pontífice entonces reinante.

La presencia del Papa en Roma contrariaba los designios de los revolucionarios, que esperaban la menor oportunidad que se les presentara para ahuyentarlo de la capital.

La prudencia de Pio VI evitaba todos los conflictos, y la virtud de un anciano era el freno de las fogosas pasiones de la enardecida Europa.

No pudieron sufrir mucho tiempo los agentes de la demagogia francesa la augusta sombra del verdadero Padre de los pueblos, y sin mediar siquiera aparentes consideraciones decretaron su cautiverio.

La resolución le fue notificada por Haller, á cuya intima el santo anciano replicó: *«Tengo ochenta años de edad, y dos meses hace sufro una enfermedad tan cruel, que á cada instante temo morir: ¿cómo podré soportar las fatigas de un largo viaje? por otra parte, mi deber es permanecer en mi puesto; criminal sería en mí abandonar las funciones de mi ministerio. Yo debo morir aquí.»*

Á estas palabras, capaces de ablandar el corazón de quien no hubiera perdido el último destello de la noble sensibilidad, contestó Haller con esta frase fría como el hielo: *«Vos podeis morir en cualquiera parte como aquí; basta de pretextos ni reflexiones; si no partís de buen grado, os harémos partir á la fuerza.»*

El Papa ignoraba el punto al que se pretendía trasladarlo.

Tempestuosa era la noche escogida para arrancar del alcázar de sus antecesores á la mas noble de las víctimas de aquella revolucion inconsiderada. El trueno hacia estremecer el firmamento y la tierra, y el rayo dejaba ver al resplandor siniestro de su luz un miserable carruaje en el que era depositado el mayor tesoro vivo de la cristiandad.

¡Carruaje miserable, hemos dicho! Mas no; no era, no podia ser miserable el carruaje que contenia la personificación de la justicia social y la encarnación de las esperanzas de la cristiandad; mas bien debiéramos haberlo calificado de urna santa que, á pesar de su rusticidad y pobreza, encerraba la gloria de la dignidad y la soberanía de la virtud.

Pio VI fue conducido por el camino de Viterbo á Sena, cuna de la grande heroína del Cristianismo, cuya influencia habia sido tan favorable á los destinos de la Silla pontificia. Mientras Roma, advirtiendo la ausencia del pastor, reclamaba con llanto su regreso, Sena transportada de entusiasmo en favor del ilustre cautivo luchaba por hacer llegar á sus oídos el eco de su devoción.

Tres meses esperó el Papa en Sena la orden de emprender de nuevo su peregrinación, cuando el cielo, tal vez para apresurar la hora de dar al gran Pontífice la corona del martirio, que bien merecido habia, suscitó un violento temblor de tierra que, rajando las habitaciones pontificias, hizo precisa la traslación del augusto prisionero.

Apenas hubo salido el Pontífice cuando se desplomó precipitadamente el modesto albergue en que se habia cobijado.

La divina Providencia dispuso que fuera mas evidente el crimen de cier-

tos hombres en la muerte del Pontífice; no quiso se atribuyera á un terremoto la abreviación de los días preciosos de aquella vida toda consagrada á la Iglesia católica.

El Ángel protector de Pio VI le salvó de aquella catástrofe; medio siglo despues el entonces niño y hoy gran Pontífice habia de ser prodigiosamente salvado de otro hundimiento; hasta en los pequeños detalles de la historia de ambos Pontífices se observan semejanzas sorprendentes!

Alojado por de pronto en una modesta casa de las afueras de Sena, fue transportado á la Cartuja de las cercanías de Florencia, donde recibió la visita de los duques de Toscana y del rey de Cerdeña con su esposa. Otros soberanos de la tierra, que empezaron ya á alarmarse al ver el desenfreno de los enemigos de toda autoridad moral, le enviaron protestas de cariño y admiración, que fueron unas cuantas gotas de bálsamo derramadas sobre las heridas abiertas en su corazón por la ingratitude de tantos hijos.

En aquel asilo pacífico, aunque vigilado por una policia intransigente, pudo escribir Pio VI algunas cartas á eclesiásticos y seglares influyentes, entre otras la contestación á los obispos franceses confinados en Inglaterra, expresión conmovedora de la grandeza de su alma y del celo por la gloria de Dios de que se sentia devorado.

El Gobierno republicano no sabia qué hacer del privilegiado cautivo; en la convicción de que, donde quiera que fijara su cárcel, se convertiria esta en el alcázar mas augusto, santuario donde todos los corazones se elevarian, ora se proyectaba arrojarlo en alguna población insignificante del Danubio, ora en alguna aldea del Piemonte, ora en alguna isla de España.

En fin, Valencia francesa fue la afortunada ciudad elegida para presenciar el último resplandor de aquellas virtudes, que formaba el mas repugnante contraste con los horrendos crímenes de los que se habian figurado elegidos para redimir de nuevo al género humano.

Incierta y tortuosa fue la ruta elegida para llevar al Pontífice cautivo. Á fin de evitar el espectáculo no interrumpido de las aclamaciones populares, evitaban los verdugos del Papa aquellas sendas que, en razón de ser mas pobladas, habian de ofrecer mas ruidosos testimonios de cristiana adhesión á la persona y autoridad del Pontífice.

No obstante, conocedores los pueblos del recelo de los verdugos del Papa, corrian anhelosos hácia las desiertas sendas que momentáneamente se henchian de muchedumbre; la vista del Padre Santo les llenaba de un sentimiento de imponente respeto; sus desgracias les conmovian; y ante sus desgracias y autoridad se sentian detenidas por un santo lazo.

Escortado por doscientos soldados el manso sucesor de san Pedro, fue conducido por escarpados montes y estrechísimas veredas de Bolonia á Parma, de Parma al Borgo-Sandonino, del Borgo á Placencia, de Placencia se le hizo dirigir á Milan; aunque ya en camino de la Lombardia, una orden urgente llegó para que regresara á Placencia; de Placencia á Turin.

Las indignidades cometidas por los demagogos con el Papa encendian mas y mas en los corazones católicos la santa llama del amor filial. No hubo jamás cautiverio que superara en gloria al del pontífice Pio VI; jamás vió la historia un contraste mas notable entre las vejaciones de un poder brutal á un pastor manso y las ovaciones cordiales de un pueblo íntimamente compadecido de la augusta víctima.

Perpétuamente será recorrida con respeto la via de Roma á Valencia, al través de la Italia, porque sembrada se halla de notables estaciones, cada una de las que guarda el recuerdo de un inmerecido atropello hecho á la mas alta dignidad de la tierra.

Llegado Pio VI á Valencia, tratado allí como un prisionero, encerrado en un departamento de la ciudadela, creia haber tomado posesion del rincon de la tierra que recibiria su último suspiro. El Directorio de las cosas de Francia intentaba proseguir la tarea odiosa de la persecucion de la gran víctima; por un decreto firmado á los 4 de agosto de 1799 se disponia que el Papa fuese conducido á Dijon, costeándose él mismo el viaje.

Al comunicarse al paciente confesor de la fe tamaña órden, elevó los ojos y los brazos al cielo exclamando: «¡Señor, no se me permite morir en paz!»

El augusto anciano tenia exhaustas sus fuerzas materiales y el ánimo naturalmente abatido ante la perspectiva de las tribulaciones de su esposa la santa Iglesia romana; todo indicaba ser muy cercano el fin de sus dias. La intima del decreto que le condenaba á nuevas fatigas dió á su existencia el último golpe.

Su inteligencia privilegiada no se habia ofuscado ni un solo instante; sereno, tranquilo de alma veia los cielos abiertos como al término de su peregrinacion mortal; las convulsiones de la agonía le remozaron momentáneamente, hasta el punto de pedir se le levantara del lecho para hacer una solemne profesion de fe.

¡Qué hermoso acto aquel en que un Pontífice, blanco de las iras de todos los incrédulos, olvidando los agravios recibidos, pronuncia con el temblor que presagia una inmediata muerte la palabra *perdon!* ¡Qué elocuente *Credo* el salido de los labios de aquel Pontífice que, si no habia derramado la sangre por su Iglesia, habia rociado con el sudor de su frente surcada por los años y por los padecimientos el campo confiado á su moral cultivo!

Entregó su alma, cargada de méritos, al Criador á los 29 dias de agosto de 1799, habiendo regido la Iglesia de Dios veinte y cuatro años, seis meses y catorce dias, alcanzando así el pontificado mas largo desde el de San Pedro, duracion que solo ha sido posteriormente superada por el de Pio IX.

El martirio de Pio VI es notable por la especialidad de su índole. Varias fueron las torturas que dieron fin á la existencia de los Pontífices romanos, sobre todo en el período de las catacumbas; el hierro, el fuego, el hambre habian sido empleados para el sacrificio de los grandes pastores de la Iglesia. El Directorio francés tuvo el privilegio de inventar un nuevo sistema de martirio: la fatiga.

Fatigar á un anciano enfermo, llevarle moribundo por sendas escarpadas, en donde ni siquiera pasar podia un estrecho carro; agitarle arrastrándole en una incómoda silla de manos al través de helados montes; alojarlo en habitaciones pobres, desaliñadas, húmedas; condenarle á una peregrinacion interminable; todos estos atropellos, todo este martirio lento, estaba reservado decretarlo y ejecutarlo á un poder que bñasonaba de humanitario.

Cuando mas tarde pudo cumplirse el deseo del santo Pontífice de que su cuerpo fuese transportado á Roma y depositado á los piés del sepulcro de los santos Apóstoles, la capital de la cristiandad sintió una satisfaccion viva. Las cenizas del mártir reanimaron las fuerzas de los perseguidos católicos.

Ante aquellos venerables restos el Ilmo. Sr. Spina pronunció un elogio

fúnebre, que fue expresion verdadera de los sentimientos del universo católico.

«¿Veis, decia, veis en las manos del Pontífice estos volúmenes, estas cartas, estas respuestas, estos decretos por él promulgados, despues de haber soportado trabajos inconcebibles á todas horas, y escuchado y atendido las consultas de los hombres mas distinguidos, cuyas opiniones él pesaba, aprobaba ó modificaba? Pues bien, en estas cartas, en estos decretos, el mal se halla cortado por su raíz, todas las cuestiones se hallan resueltas distinta, lúcida, noblemente; hábilmente en tales documentos se halla expuesto cuanto desear pueden el corazon y el espíritu; á la luz de los dogmas de la fe se halla en ellos desvanecida toda duda; todos los errores son presentados en toda su fisonomía y en todos sus caracteres. Desnudados quedan los subterfugios y estratagemas de que los adversarios se valen para suspender á las almas sencillas; no hay ambigüedades en estos escritos, no quedan tinieblas despues de haberlos leído; la verdad brilla con todo su esplendor en sus apostólicos trabajos.

«Las leyes de la santa Iglesia, los derechos del Soberano Pontífice son defendidos y afirmados; la bandera es presentada á los fieles de todas las naciones por este robusto brazo que no fueron capaces de debilitar las tempestades por todas las pasiones promovidas.

«¿Quién no ha conocido en los escritos de Pio VI á *la columna parlante de la fe?* ¿Quién no se ha convencido, al seguir la historia de su pontificado, que Pedro *vivia aun y ejercia su ministerio en la persona de Pio VI?*»

Verdaderamente ante el sepulcro de aquel héroe podia exclamarse con cierta exactitud: las torturas que sufrió en vida se han convertido en glorias despues de su muerte.

Si dejaba azotada por la tempestad una parte de la Iglesia por él presidida, en cambio habia dilatado las fronteras del reino de la verdad y de la justicia. Él habia enviado cohortes de misioneros á Constantinopla, á Siam y al Tong-King; habia constituido la silla episcopal de Baltimore, estableciendo la gloriosa jerarquía de los Estados-Unidos, que tantas sillas hoy contiene. La misma Rusia habia abierto las puertas de San Petersburgo á un embajador de Pio VI.

En fin, el Pontífice que acabó con el siglo XVIII era dignísimo antecesor del pontificado de Pio IX, que, niño aun como era, mezclaba ya sus lágrimas y sus gemidos con los que su cristiana familia vertia y lanzaba al contemplar el desgarrador cuadro de la persecucion de la fe y de la virtud.

Lloraba el niño Mastai Ferretti, ignorando que las lágrimas que vertia sobre el sepulcro de un Papa mártir se las devolveria la cristiandad á sus piés, regándose un dia el llanto que sus infortunios debian arrancar de todo pecho noblemente animado.

Los hombres sensatos de Europa reconocieron que la muerte de Pio VI dejaba un vacío inmenso en aquella sociedad tan necesitada de un eje para llevar á cabo su restauracion.

Pio VI habia llegado á ser una esperanza hasta para los políticos que no participaban de su fe.

Notables son los párrafos que transcribimos de una comunicacion del obispo de Arras, el Ilmo. Francisco de Couzié, al cardenal Bernis, en 1794:

«Desde mis últimas comunicaciones, decia, fechadas en Alemania, he re-